



RETRATO

Salón París.

Á LA ERMITA

DEL MONSERRATE DE ARECIBO (1)

Sobre una loma sinuosa
que las auras acarician,
levantas tu cruz modesta
al éter, tranquila ermita,
como alondra solitaria
que sus polluelos cobija,
cercada de blancas chozas
y poéticas casitas:
donde, en el risueño hogar,
al sonar la dulce esquila,
en las horas misteriosas
de suave melancolía
en que las sombras avanzan
y en leves gasas oscilan,
á ti sus ruegos elevan,
en plegaria recogida,
las madres enamoradas
que á ti vuelven sus pupilas.
Bendita, bendita seas,
santa y veneranda ermita,
donde por primera vez
alcé mi oración sencilla.
Allí, en tus muros ruinosos
poblados de margaritas,
dejó mi trémula mano,
con una lágrima fría,
esculpida una plegaria
que ni el tiempo la marchita
ni el viento la desvanece
ni el aguacero la humilla...
porque tiene algo de Dios...
¡porque es de la madre mía!
Allí está la verde loma,
allí la imagen bendita,
allí el triste cementerio
y allí estás tú, ¡madre!
Cuando el sol languidece
hacia Occidente camina
cuando las aves, cruzando
el firmamento, suspiran,
y al esconderse en la frontera
lanzan su postrera rima;
cuando los lánguidos pinos
murmurando se acarician,
y el viento bate ligero
miles de hojas desprendidas...
entonces... tu cruz se eleva
hacia el cielo, bella ermita,
señalando con sus brazos
la omnipotencia divina.
entonces el hombre tuyo
al firmamento la vista
en el fondo de su espíritu
se remueve oculta fibra...
y, doblegando la frente
ante Dios, reza, y se inclina.

Cruz solitaria y modesta
de mi veneranda ermita,
no góticos ornamentos
ni grandiosidad corintia
en ti pretendo admirar...
en ti busca el alma mía
horizontes de un pasado
que mi presente iluminan;
las huellas de mis pisadas,
el fulgor de mis sonrisas,
y la flor de una esperanza
tal vez por siempre perdida!...
¡Cruz modesta y melancólica
de mi veneranda ermita,
elévate siempre al éter,
el huracán desafia,
no abandones el poblado
que á tu sombra se cobija,
y vela el eterno sueño
de la pobre madre mía!

FIDELA MATHEU DE RODRIGUEZ.

(1) Puerto Rico.



Cuadro de ANTONIO TORRES FUSTER.

BELLAS ARTES

TORRES Fuster es un especialista de la belleza femenina. Las cabezas de mujer que pinta, con ser tomadas directamente del natural, poseen aquel no sé qué de personal que es propio de todos cuantos saben embellecer la naturaleza.

O es la pose afortunada, ó un efecto de luz que presta como un aureo nimbo á sus sonrosados tipos, ó es, en fin, una experta corrección del modelo; lo cierto es que sus mujeres adquieren elegancia y distinción propias que las hacen simpáticas á los coleccionistas de obras de arte.

La cabeza de estudio que ocupa la primera plana del presente número, responde á los caracteres antes citados, pues, sin duda alguna, la bien encontrada disposición del perfil, el transparente colorido que la envuelve en una penumbra misteriosa, y los reflejos de oro que acentúan el contorno de los cabellos, forman un agradable conjunto que sólo al artista es dable alcanzar.

Nuestro colaborador Juan Martínez Abades, nos ha remitido un cuadro, *Sobre cubierta*, que abre ancho campo á las fantasías veraniegas.

Una mujer hermosa, elegante, que viaja á bordo de uno de esos vapores que visitan todos los puertos del Cantábrico, que penetran en todas las rías de Galicia, en busca de frescas brisas, de azulados horizontes, acosada tal vez por la necesidad de escapar por algún tiempo á la lisonja cortesana; una mujer que viaja sola, en fin, es siempre un vi-

ente capítulo de novela, un tema para una romanza ó un apunte para un cuadro.

Martínez Abades supo «detener el momento fugitivo» y perpetuarla en la tela con una corrección y atildamiento sólo comparables con la miniatura. Y supo rodearla además de todas las galas de la naturaleza haciendo que el azul del cielo y el azul del mar, y el sol esplendoroso y la risueña costa que se divisa en lontananza fueran el marco de la belleza femenina.

También Gaspar Camps en su *Alegoría del mes de Agosto*, ha puesto una vez más á contribución el eterno *femenino* con ese mar de inextinguibles seducciones. El mar, el sol y el girasol, son los elementos de que echa mano para simbolizar el mes caluroso por excelencia, y bajo el imperio de su fecunda fantasía los enlaza, los combina y los hace súbditos de la imprescindible mujer de sus composiciones.

La *Sevillana* de Gil de Palacio, tiene un mérito particular, sin contar con el de su innegable hermosura: y es el de estar pintada con tanta espontaneidad como ligereza.

Obrilla ejecutada, indudablemente, de una vez, ha conservado la frescura de su improvisación, y esto hace perdonar la ausencia de cualidades más firmes, que no se deben exigir en producciones de esta índole.

FRANCISCO CASANOVAS

UN LANCE DE CARNAVAL

Y tú no tienes ninguna aventura carnavalesca que contar?—preguntó el comandante Suárez, volviéndose hacia Pepe Togores, que había escuchado silencioso, meditabundo, los diferentes lances referidos sucesivamente por los amigos de la *peña*.

—¿Quién?... ¿ese?—exclamó riendo el barón de la Ciénaga—¿qué aventuras queréis que tenga en su pasado?... ¿no sabéis acaso que siempre fué un santito, un cuáquero, un sabio, y que ya en sus mocedades era un modelo de cordura y de aplicación?... Tentado estoy por apostar que no ha puesto nunca los pies en un baile de máscaras.

—Pues no apuestes, hijo, perderías—repuso Togores con su característica flema.

—¿Cómo!... ¿tú has frecuentado los bailes de máscara?... saltó el barón con acento de cómico asombro. —¿Sabes, chico, que me dejás estupefacto?

—No te digo que los haya frecuentado; cuando joven, porque yo también he sido joven, aunque eso pueda parecer extraño, asistí á un baile de máscaras, en el Liceo, el único que he visto en mi vida, y por cierto que en él me sucedió una aventura mucho más extraordinaria que todas las que acabáis de contar por turno. Porque al fin y al cabo, sea dicho ello sin ánimo de ofender vuestro amor propio de calaveras ilustres, esas aventuras me parecen en suma bastante vulgares y adocenadas, mientras que la mía...

—¿Por qué no nos la has referido nunca?—interrumpió Suárez.

—Pues porque no venía á cuenta, primero; y porque, además, no me gusta mucho evocar recuerdos lúgubres.

—¡Holá!... ¡holá!—exclamó el barón, cuya curiosidad se excitó—¿sabes, querido, que nos vas á desembuchar tu lance carnavalesco?

—Sí, cuéntanos eso...—dijeron los demás peñistas, aproximando sus butaquitas á la de Togores.

—No hay inconveniente—declaró ese. Y después de encender un cigarro, habló así:

—Corrían los primeros días del mes de Febrero de mil ochocientos setenta y siete y acababa de cumplir yo mis veinticuatro años, cuando una noche mi primo Julián, que residía en Madrid y hacia una semana se encontraba en Barcelona y hospedado en nuestra casa, me propuso ir al baile de máscaras que se daba en el Liceo. La proposición no me hizo mucha gracia: sin ser mojigato ni mucho menos, inspirábanme los bailes públicos una indiferencia completa y nunca había sentido la más leve tentación de asistir á alguno. Tenía adquirida, por otra parte, la costumbre de madrugar, de estudiar bastante, de dar grandes paseos por el campo, mi distracción favorita, y al llegar las diez de la noche, mi cuerpo reclamaba imperiosamente el descanso y el sueño. Así es que al oír el proyecto de mi primo, quise en el primer momento, rehuirlo. Si se hubiese tratado de velar hasta las doce, asistiendo á un espectáculo teatral, enhorabuena: un buen drama, una buena ópera me interesaban en alto grado; pero perder la noche en un baile parecíame archi-tonto. Iba pues á formular una negativa y á decirle á Julián que podía ir solo al baile, cuando mi madre, deseosa de complacer á su sobrino y huésped, intervino para manifestar su aprobación. Al mismo tiempo indicóme con una mirada la conveniencia de acceder á los planes de mi primo. Resignéme á la obligación que se me imponía; después de cenar me vestí de punta en blanco, y al dar las once entráramos en el gran coliseo, atestado ya de bulliciosa muchedumbre.

Aquel espectáculo tan nuevo para mí, me produjo más bien mareo que diversión. ¿Qué quieren ustedes?... La falta de costumbre... Mi primo, por el contrario, estaba entusiasmado: á la media hora de andar juntos por la platea y por los corredores, se enredó con una moscovita y

plantándome en seco, con un «ya nos encontraremos luego» se largó alegremente del brazo de la muchacha, desapareciendo luego entre el torbellino de un vals. Quedéme yo allí, sin saber qué hacer, en medio de la multitud que me codeaba, extraño á aquella algarabía, semejante á un extranjero que llega á un país cuya lengua ignora y en donde no conoce á nadie. Tuve por un momento la tentación de recoger mi abrigo y de marcharme otra vez á casa, sin esperar más; pero el temor de parecer ridículo á los ojos de Julián cuando lo sabría, me movió á quedarme. Abandoné la platea y me fui al salón de descanso, más tranquilo, no obstante el crecido número de gentes que por él circulaban. Dejéme caer en un diván y allí permanecí durante algunos minutos contemplando distraídamente á las personas que iban y venían. Y Dios me perdone... pero creo que, vencido por la costumbre de acostarme temprano iba á dormirme, cuando de pronto un suave roce á mi derecha y un delicado perfume que acarició mi olfato hicieronme volver la cabeza y fijar las miradas en una arrogante hembra que acababa de sentarse á mi lado.

Vestía un rico traje de seda azul pálido semi-cubierto por un dominó de la misma tela de color rosa-té. Del capuchón medio caído se destacaba la cabeza juvenil y airosa, coronada de rubios cabellos; un antifaz de terciopelo negro velaba su fisonomía, pero dejando descubierta la boca, de un dibujo irreprochable, de labios purpúreos, entre los que brillaban pequeños y blanquísimos dientes; era la barbilla redonda, algo regordeta, con un delicioso hoyuelo; y los ojos grandes, negros, luminosos, habían de ejercer esa irresistible fascinación que poseen ciertas miradas y cuyo encanto me dominó desde los primeros momentos.

Echóse la gallarda máscara á reír, notando la especie de embobamiento con que yo la contemplaba y me dirigió la palabra entre irónica y amable. Contesté con más torpeza que ingenio, balbuceando no sé qué vulgaridades; y de fijo formase ella pobrísima idea de mí, á no ser tan notorias la timidez y la turbación que me encadenaban. En estos casos no hay mujer, como no sea mujer adocenada y majadera, que no sienta su amor propio profundamente halagado por esa actitud embarazada de un hombre; eso es al fin y al cabo un homenaje rendido á su soberanía. Mi desconocida debió de comprender al punto que tenía delante más que á un tonto á un novicio, y en vez de torearle, procuró sólo con su charla alegre devolverme mi libertad de espíritu, y lo consiguió tan bien, que á los pocos minutos dialogaba yo con ella, desaparecida ya del todo aquella mi timidez de principiante. Y cuando media hora después indicóme que ya se iba cansando de permanecer inmóvil en el diván, no vacilé en pedirle permiso para acompañarla á dar unas vueltas por el salón y por los corredores.

—Vamos...—contestó, posando su mano pequeña y finamente enguantada de blanco en mi brazo.

—¿Quién será esta mujer?—íbame preguntándome yo á todo eso, entre preocupado y gozoso. —¿Una verdadera dama?... ¿Una aventurera?... No; una aventurera no puede ser... Es demasiado distinguida en su lenguaje, en sus maneras, en su porte, para no ser una dama en toda la excepción de la palabra. Por otra parte, hay mujeres que saben disfrazar tan admirablemente lo que en realidad son... Pero sea lo que fuere es una hembra superior y si tuviese yo más habilidad y más trastienda y más empuje, podría tal vez hacerme con una conquista envidiable.

Probablemente se reflejaría en mi semblante algo de la preocupación que sentía, pues se paró de pronto mi incógnita y echándose á reír me dijo:

—Parece que andas como mohino é inquieto. ¿Temes acaso comprometerte acompañándome é inspirar celos á otra?

—¡Vaya una ocurrencia!—exclamé riendo también. —¡Inspirar celos!... Hasta la fecha no hay mujer á quien ame y de quien sea amado.



SOBRE CUBIERTA